

# LA BATALLA DE ZACATECAS EN 1914

## DOS MOMENTOS: LA PRIMERA DIVISIÓN DEL CENTRO (10-15 DE JUNIO) Y LA DIVISIÓN DEL NORTE (17-23 DE JUNIO)

Martha Beatriz Loyo\*

**E**l golpe de Estado en contra del gobierno del presidente Madero se inició a principios de febrero de 1913, culminando con el asesinato del presidente y el vicepresidente José María Pino Suárez, y llevando al poder de la Presidencia de la República al general Victoriano Huerta, quien suprimió las libertades constitucionales, persiguió a los opositores, militarizó la burocracia y controló la educación y el trabajo. El movimiento opositor más importante fue encabezado por el gobernador de Coahuila Venustiano Carranza, quien mediante el Plan de Guadalupe, firmado el 26 de marzo de 1913, desconocía el gobierno de Huerta, llamaba a restablecer el orden constitucional, se pronunciaba como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y establecía que a su triunfo convocaría a elecciones.

Carranza dividió al ejército en varios cuerpos con el fin de operar a lo largo del territorio nacional interrumpido por el golpe militar. La lucha armada se concentró en el norte en los estados de Sonora, Chihuahua, Durango, Coahuila, Zacatecas, Nuevo León, Tamaulipas y San Luis Potosí, con la excepción del zapatismo; el

\* Doctora en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; profesora e investigadora, FES-Acatlán-UNAM.

movimiento norteño se delimitó en tres regiones de levantamientos revolucionarios: noreste, noroeste y norte.

Así surgieron líderes en la primera región del noreste: Pablo González, Lucio Blanco, Cesáreo Castro, Eulalio Gutiérrez; en el noroeste: José María Maytorena y después Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Benjamín Hill, Salvador Alvarado, entre otros, y en el norte: Maclovio Herrera, Toribio Ortega, Tomás Urbina, Manuel Chao, entre otros.

En marzo Francisco Villa cruzó la frontera en Ciudad Juárez y regresó al país para combatir al huertismo. Él logró la formación del mejor ejército de la Revolución: la División del Norte, a la que más tarde se incorporó el general Felipe Ángeles.

Entre septiembre de 1913 y abril de 1914 se organizaron los ejércitos regionales, quienes atacaron las capitales norteñas y fueron venciendo a los contingentes militares federales que fueron enviados para recuperar el norte; el movimiento se consolidó en los estados de San Luis Potosí, Jalisco, Michoacán, Veracruz, Puebla e Hidalgo. Además entraron en funciones grandes fuerzas regionales como el Cuerpo de Ejército del Noroeste, la División del Norte, el Cuerpo de Ejército del Noreste, la División de Oriente, la División de Occidente y las Divisiones del Centro, terminando en abril de 1914 con las derrotas del Ejército federal en Torreón, San Pedro de las Colonias, Veracruz y Monterrey. El escenario de la guerra cambió, pues los federales, en franco repliegue y en una posición defensiva, concentraron sus esfuerzos en contener la inminente toma de la ciudad de México.

El 21 de abril de 1914, tropas norteamericanas invadieron el puerto de Veracruz con el pretexto de una agresión a marinos estadounidenses en Tampico, bloqueando los puertos más importantes y así intentando aparentemente facilitar la derrota de Huerta. Carranza condenó la invasión y demandó la retirada de las fuerzas extranjeras, apresuró las operaciones de todos los frentes de batalla; pero siendo las fuerzas de la División del Norte las más cercanas a la capital, prefirió retrasar su marcha enviándolas a la captura de Saltillo y organizó a la División del Centro para marchar sobre la ciudad de Zacatecas.

## LA PRIMERA DIVISIÓN DEL CENTRO (10-15 JUNIO)

Después de la toma de Torreón y de la batalla de San Pedro de las Colonias, la División del Norte, al mando del general Francisco Villa, tenía el camino libre para la invasión hacia el sur.<sup>1</sup> Sin embargo, Venustiano Carranza estaba determinado a impedir que ésta siguiera su marcha a la capital, pues temía que “un partido villista” ajeno a su mandato estuviera en incubación.<sup>2</sup> Así, desde finales de abril de 1914,<sup>3</sup> después de lograr el desvío de las fuerzas de Villa hacia Saltillo, Carranza se reunió con Pánfilo Natera, los hermanos Arrieta y Martín Triana para encomendarles tomar la ciudad de Zacatecas, siguiente objetivo en la ruta de invasión del norte central.<sup>4</sup> Natera —quien era jefe de la Primera División del Centro— desde su cuartel en Sombrerete mandó llamar a todas las fuerzas que operaban en la región. Los revolucionarios Santos Bañuelos, Félix Bañuelos, Pedro Caloca, Ignacio Caloca, Trinidad Cervantes y Tomás Domínguez pronto se encaminaron a los alrededores de la capital del estado. Para el 27 de mayo, las fuerzas duranguenses de los Arrieta y Triana comenzaron su avance hacia la ciudad.<sup>5</sup>

Los constitucionalistas se internaron en dos columnas hacia Zacatecas: la Primera División del Centro por un lado y las fuerzas de Durango por el otro. El día 5 de junio, los duranguenses

<sup>1</sup> Para conocer una versión más amplia y completa de la batalla de Zacatecas, consultar el libro de Daniel C. Santander y Martha B. Loyo, *Zacatecas: la batalla de la victoria, 23 de junio de 1914*.

<sup>2</sup> José C. Valadés, *Historia general de la Revolución Mexicana*, p. 307.

<sup>3</sup> Adolfo Terrones Benítez, “Se organizan otros contingentes para concurrir a la campaña en el estado de Zacatecas, debido a una nueva invitación del gral. Pánfilo Natera, jefe de Operaciones de dicho estado”, en *El Legionario*, N. 97, p. 9.

<sup>4</sup> Venustiano Carranza concedió el permiso para que el contingente imprimiera cinco millones de pesos en papel moneda para financiar la campaña. Asimismo, en esta reunión, el general Pánfilo Natera invitó al Primer Jefe como padrino de su hijo, a quien nombró Venustiano en su honor.

<sup>5</sup> “Telegrama de Pánfilo Natera a Venustiano Carranza”, en Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México (en adelante AHUNAM), Fondo Juan Barragán, caja 2, exp. 17.

tomaron Fresnillo, defendida por Javier Medina Barrón<sup>6</sup> con doscientos jinetes, y el día 8 el poblado de Calera, que ocuparon sin resistencia, pues la guarnición federal, al mando del coronel Luis Gallardo, decidió replegarse hacia la capital.<sup>7</sup> La segunda columna se movilizó desde Colotlán, Jalisco, hacia la ciudad de Zacatecas después de recibir órdenes expresas del general Natera.<sup>8</sup>

A principios de junio se reunieron en Sain Alto, Zacatecas —entonces cuartel general de la División del Centro—, los generales Pánfilo Natera, Domingo Arrieta, José Carrillo y Martín Triana con el propósito de establecer un plan detallado para el ataque a la ciudad. Según lo acordado, Arrieta avanzaría sobre las posiciones enemigas en el cerro de El Grillo, mientras Natera y Triana atacarían por el cerro de La Bufa, la estación de ferrocarril y el camino de Guadalupe.<sup>9</sup> Entre tanto, el general Trinidad Cervantes se ocuparía de bloquear la vía que comunicaba la capital zacatecana con Aguascalientes, intentando silenciar las comunicaciones y contener la posible llegada de refuerzos federales.<sup>10</sup> Con la llegada del resto de la Primera División del Centro, el plan fue revisado nuevamente por un Consejo de Guerra —los días 7 y 8 de junio— en la hacienda de Trujillo,<sup>11</sup> donde el coronel Ignacio Caloca externó su preocupación por la ausencia de artillería revolucionaria,<sup>12</sup> que era indispensable para la toma de las posiciones fortificadas de los cerros circundantes de la ciudad. En cambio, propuso marchar sobre Aguascalientes —cuya de-

<sup>6</sup> Hermano del general Luis Medina Barrón, gobernador y jefe de Operaciones de Zacatecas. Javier perdió la vida en este enfrentamiento.

<sup>7</sup> Adolfo Terrones, “Se organizan otros contingentes...”, *op. cit.*, pp. 13-15.

<sup>8</sup> Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (en adelante AHSDN), Ramo Cancelados, expediente personal del general Trinidad Cervantes, f. 151.

<sup>9</sup> “Parte de Martín Triana a Carranza”, 30 de junio de 1914, en AHUNAM, Fondo Juan Barragán, caja 4, exp. 33.

<sup>10</sup> AHSDN, expediente personal del general Trinidad Cervantes, *op. cit.*, f. 151.

<sup>11</sup> Otras fuentes refieren que la reunión tuvo lugar en la Hacienda del Maguey. Véase Adolfo Terrones Benítez, “Segunda batalla de Zacatecas”, en *El Legionario*, N. 98, p. 6.

<sup>12</sup> Aunque la Primera División del Centro contaba con algunas piezas de artillería, en palabras de Ignacio Caloca, ésta era “simbólica”. Véase Ernesto Zertuche, *Los Caloca en la Revolución. Reseña de sus inquietudes y vicisitudes*, p. 30.

fensa era comparativamente más débil—, obligando a las tropas de Zacatecas a salir en su ayuda, lo que les permitiría enfrentarlas en campo abierto con una mayor probabilidad de éxito. Si decidían mantenerse guarnecidas en la plaza, podrían esperar el arribo de la División del Norte, de manera que las tropas federales quedarían aisladas tanto por el norte como por el sur.<sup>13</sup> Esta propuesta fue desechada porque Natera les informó que Carranza había dado órdenes terminantes de atacar Zacatecas<sup>14</sup> con los elementos ahí reunidos. El plan fue aprobado, pero se acordó solicitar refuerzos a la Primera Jefatura mientras se establecía un sitio formal a la ciudad.<sup>15</sup>

De acuerdo con lo pactado, el ataque comenzó a las cinco de la mañana del 10 de junio, en una maniobra simultánea organizada de la siguiente manera:<sup>16</sup>

La Primera División del Centro estableció tres objetivos principales: el cerro de La Bufa, el camino a Guadalupe y el cerro de El Refugio. Los generales Pánfilo Natera y Tomás Domínguez avanzaron desde el noreste por el rumbo del cerro de La Bufa y

<sup>13</sup> *Ibídem.*

<sup>14</sup> *Ibídem.*

<sup>15</sup> A. Terrones Benítez, “Se organizan otros contingentes...”, *op. cit.*, p. 16.

<sup>16</sup> Existe una polémica con respecto al número de efectivos disponibles en el ataque y la defensa de la plaza. Según algunas estimaciones, las fuerzas revolucionarias ascendían a 10 600 hombres (5 800 de la División del Centro y 4 800 de las fuerzas duranguenses), sin artillería y con sólo ocho ametralladoras; en contraparte, la defensa de la plaza contaba con 12 400 hombres, bien pertrechados y con una nutrida artillería. (Véase “Parte de Martín Triana a Venustiano Carranza”, en AHUNAM, Fondo Juan Barragán, caja 4, exp. 33.) En este caso, el testimonio intenta convencer al lector de la gran dificultad que representaba tomar por asalto la ciudad de Zacatecas, no sólo por su privilegiada posición defensiva, sino por la superioridad numérica de sus defensores. No obstante, considerando los datos extraídos del expediente de Operaciones Militares en el estado de Zacatecas de 1914 (AHSDN, exp. 334), puede afirmarse que nos encontramos frente a una sobreestimación. Otras fuentes aseguran que los atacantes ascendían a siete mil, mientras que los defensores a escasos 2 500 efectivos, lo cual parece más cercano a la realidad. (Véase Ernesto Zertuche, *op. cit.*) En este caso, el autor intenta convencernos de las fallas estratégicas de los revolucionarios como factor principal en la derrota. En todo caso, es posible afirmar que las tropas revolucionarias sobrepasaban en número a las huertistas, aunque este factor no fuera definitorio en el resultado de la batalla, como sí lo fue la ventaja táctica de las posiciones fortificadas federales —así como la falta de artillería en el bando atacante—, que las hacía prácticamente invulnerables.

Tierra Negra, apoyados por los Caloca que marcharon desde el este. Por el sureste, Trinidad Cervantes cortó el camino a Guadalupe impidiendo la llegada de refuerzos de Aguascalientes. Y finalmente, por el sur, los Bañuelos amagaron el Panteón Viejo y el cerro de El Refugio.

Las fuerzas de Durango establecieron como objetivos principales los cerros de Loreto, La Sierpe, El Grillo, La Pila, El Padre y la mina de La Encantada. Por el norte emprendieron el ataque las fuerzas de los Arrieta, partiendo de Vetagrande. Por el noroeste, el general José Carrillo avanzó sobre Loreto y La Sierpe, esperando atacar desde ahí el cerro de El Grillo; a su vez, la brigada del general Ismael Lares, partiendo del Bote, hostilizó las defensas fortificadas en La Pila. Por el oeste, las tropas de Matías Pazuengo y Enrique Nájera cargaron por el rumbo de la hacienda de La Ciénega, teniendo como objetivo la mina de La Encantada, una posición ubicada directamente sobre la estación del ferrocarril. Por último, por el suroeste, los generales Martín Triana y Fernando Reyes marcharon con la consigna de tomar el cerro del Padre y las minas de Cinco Señores.<sup>17</sup>

En los primeros momentos del combate el factor sorpresa jugó a favor de los revolucionarios. Las tropas del general Carrillo se hicieron inmediatamente del cerro de Loreto, confiscando una ametralladora Colt y un cañón de 75 mm. Para las siete de la mañana, esta pieza de artillería había sido habilitada para bombardear las posiciones federales en El Grillo, aunque fue desmontada pasadas las diez de la mañana por las certeras ráfagas de las baterías hueristas. Mientras tanto, las tropas de Natera y Domínguez habían trabado un intenso combate en La Bufa y el cerro del Cobre, al tiempo que se hacían importantes avances en casi todos los frentes, con excepción del Panteón y el cerro de La Pila, donde los generales Bañuelos y Lares fueron rechazados de manera contundente.<sup>18</sup> El combate cesó gradualmente a partir de las dos de la tarde.

<sup>17</sup> Información obtenida del AHSDN, Ramo Cancelados, expedientes personales de Trinidad Cervantes, Pánfilo Natera y Félix Bañuelos; AHUNAM, Fondo Juan Barragán, “Parte de Martín Triana a Venustiano Carranza”, caja 4, exp. 33, y Adolfo Terrones Benítez, “Segunda batalla en la plaza de Zacatecas”, *op. cit.*, p. 6.

<sup>18</sup> Adolfo Terrones Benítez, “Segunda batalla...”, *op. cit.*, p. 8-9.

Al día siguiente, la artillería federal comenzó sus descargas desde muy temprano en un intento por preparar una contraofensiva. Hacia las ocho de la mañana, un grupo de tropas defensoras intentó retomar el cerro de Loreto sin éxito; por la tarde, se sucedieron dos cargas más por el rumbo de La Encantada y Cinco Señores, aunque también fueron rechazadas.<sup>19</sup> A pesar de estos éxitos parciales, se hizo evidente que las fuerzas revolucionarias carecían del poder de fuego necesario para penetrar las defensas federales. Ese día, el general Domingo Arrieta informaba a Carranza del poderoso dispositivo de defensa implementado por las tropas federales, urgiéndolo a enviar en su auxilio más parque “que está haciendo mucha falta, si es posible artillería”.<sup>20</sup> Por su parte, el coronel Triana fue desalojado en tres ocasiones de las posiciones que había logrado tomar cerca de La Presa, al sur de la ciudad, “debido al constante fuego del cañón que con todo acierto nos dirigían y que nos era imposible contestar por carecer de esa arma”.<sup>21</sup> De igual forma, los ataques emprendidos desde el norte de la ciudad por Natera, Bañuelos y Domínguez enfrentaban dificultades muy similares, haciendo imposible que se adueñaran de los cerros de La Bufa y El Grillo. Conscientes de su ineficaz táctica, a las seis de la tarde se dio la orden de suspender las ofensivas y sostener el sitio en espera de la llegada de refuerzos desde Torreón.<sup>22</sup>

En el otro extremo de la plaza, Trinidad Cervantes había establecido una guarnición encargada de cortar la posible llegada de refuerzos huertistas por la vía de Aguascalientes, avanzando hacia el sur hasta la estación ferroviaria de La Soledad. Ahí permaneció hasta el 12 de junio, cuando decidió unirse a las fuerzas que asediaban la ciudad con una parte de su tropa, dejando al resto en el puesto de

<sup>19</sup> Ídem, p. 9.

<sup>20</sup> “Telegrama de Domingo Arrieta a Venustiano Carranza”, en AHUNAM, Fondo Juan Barragán, caja 1, exp. 5.

<sup>21</sup> “Parte de Martín Triana a Venustiano Carranza”, en AHUNAM, Fondo Juan Barragán, caja 4, exp. 33.

<sup>22</sup> Adolfo Terrones Benítez, “Segunda batalla...”, *op. cit.*, p. 10.

vigilancia con instrucciones precisas de enfrentar a cualquier columna federal que se dirigiera a la ciudad.<sup>23</sup>

Pero el 13 de junio el contraataque federal se generalizó. Apoyados por un constante fuego de artillería, por todos los flancos salieron tropas huertistas para romper el sitio. El Ejército Constitucionalista resistió el embate, aunque para entonces su parque era ya muy escaso, al grado que sólo se suministraban cien cartuchos por plaza y la alimentación sólo ocurría una vez al día.<sup>24</sup> Pasado el mediodía, el general Natera realizó un recorrido de inspección por todos los frentes, buscando evaluar cuánto tiempo más podrían mantener el sitio; a pesar de las condiciones, dio órdenes de permanecer en las posiciones “hasta que buenamente se pudiera”.<sup>25</sup> Entre tanto, al amanecer de ese mismo día, Cervantes fue notificado de la presencia de dos trenes militares que se aproximaban por la vía de Aguascalientes, por lo que se movilizó nuevamente al sur, ubicando a sus hombres en el cañón de Palmira y el rancho de El Refugio, en espera del paso de los refuerzos enemigos. Al anoecer, las tropas federales se apearon en la estación de La Soledad y, eludiendo el bloqueo impuesto por Cervantes, lograron abrirse paso hacia Guadalupe, adonde llegaron temprano el día 14. Se trataba de una fuerte columna de 1 500 hombres al mando del general Benjamín Argumedo, que continuó hacia Zacatecas y atacó a los revolucionarios por la retaguardia, mientras éstos se replegaban rechazados por la defensa de la plaza.<sup>26</sup>

Aunque sorprendidos por el ataque de Argumedo y sus *colorados*, los revolucionarios fueron capaces de rechazar sus embates y cubrir exitosamente su retirada. Sabiéndose incapacitados de tomar Zacatecas, los mandos de la División del Centro levantaron el sitio replegándose a Calera<sup>27</sup> y otras poblaciones como Fresnillo,

<sup>23</sup> Expediente Trinidad Cervantes, *op. cit.*, f. 151.

<sup>24</sup> Adolfo Terrones Benítez, “Segunda batalla...”, *op. cit.*, p. 11.

<sup>25</sup> *Ibidem*.

<sup>26</sup> Expediente personal de Trinidad Cervantes, *op. cit.*, f. 151. Las fechas aportadas por Cervantes para la llegada de las tropas de Argumedo son el 14 y 15 de junio, aunque esto parece ser un error dado que la mayor parte de los testimonios aseguran que para el día 14 las tropas revolucionarias ya habían terminado su retirada.

<sup>27</sup> “Parte de Martín Triana...”, *op. cit.*, caja 4, exp. 33.



Rancho Colorado, Santa Rita, San Jerónimo y Palmira, maniobra que quedó completa hacia las tres de la tarde del día 14.<sup>28</sup> Según reportó Triana, “el ataque no dio resultados que eran de esperarse por la escasez de parque, por la falta de artillería y por la superioridad numérica del enemigo, que el último día recibió un refuerzo de 1 500 hombres mandados por los traidores Argumedo y Rojas”.<sup>29</sup> El plan de Carranza para evitar el avance de la División del Norte hacia la capital había fallado.

## LA DIVISIÓN DEL NORTE (17-23 JUNIO)

Aunque la retirada de la Primera División del Centro y las fuerzas de Durango significó un triunfo momentáneo para el ejército federal, la situación de los defensores de la capital zacatecana distaba mucho de presentar tranquilidad, pues los intensos combates habían diezmando a sus tropas y consumido una parte importante de sus recursos bélicos. El mando federal estaba al tanto de los conflictos internos dentro del constitucionalismo,<sup>30</sup> pero el posible avance de las fuerzas villistas desde Torreón se mantenía como un peligro latente. El general Luis Medina Barrón se hallaba falto de fondos para pagar a sus fuerzas y corto en municiones, por lo que pidió a la Secretaría de Guerra en telegramas cifrados “cien mil pesos”<sup>31</sup> y “500 granadas St. Chamond Mondragón y un millón de cartuchos 7 mm Mauser fabricación extranjera”.<sup>32</sup> La primera fase de la batalla mostró que era indispensable reforzar y reorganizar la defensa de la plaza, pero, sobre todo, contar con una fuerza capaz de realizar una contraofensiva en el momento indicado.

<sup>28</sup> Adolfo Terrones Benítez, “Segunda batalla...”, *op. cit.*, p. 12.

<sup>29</sup> “Parte de Martín Triana...”, *op. cit.*, caja 4, exp. 33.

<sup>30</sup> AHSDN, expediente de operaciones militares en el estado de Zacatecas en 1914, “Telegrama de Medina Barrón a la Secretaría de Guerra y Marina”, f. 248.

<sup>31</sup> AHSDN, expediente de operaciones militares en el estado de Zacatecas en 1914, “Telegrama de Luis Medina...”, *op. cit.*, f. 281.

<sup>32</sup> AHSDN, expediente de operaciones militares en el estado de Zacatecas en 1914, “Acuerdo número 192995”, f. 284.

Victoriano Huerta le ordenó al general Joaquín Mass que enviara un refuerzo de siete mil efectivos, sin embargo, la premura y la ineficacia administrativa lograron que únicamente poco más de la mitad deseada saliera a Zacatecas a sumarse a los tres mil hombres que ya resguardaban la plaza. Así, una columna integrada por aproximadamente cuatro mil hombres<sup>33</sup> y cuatro piezas de artillería Schneider-Cannet de 75 mm salió de San Luis Potosí el 18 de junio al mando del general Antonio G. Olea. Según el testimonio del propio Olea, se le había asegurado vía libre, combustible suficiente y la incorporación paulatina del resto de su división. No obstante, quedó en promesa. En Irapuato, el avance se detuvo a causa de un tren que transportaba heridos procedentes de Zacatecas, el combustible para las locomotoras escaseó a lo largo del recorrido y los refuerzos nunca llegaron.<sup>34</sup> Esta columna finalmente arribó a la ciudad el día 20 de junio a las siete de la noche y se distribuyó en todas las fortificaciones.<sup>35</sup>

Sin embargo, la llegada de refuerzos no garantizó la defensa de la ciudad. Al conocer el número de fuerzas, Medina Barrón exclamó que “eran muy pocos y que apenas alcanzarían para reforzar los puestos más importantes porque solamente disponía de tres mil hombres”.<sup>36</sup> Además, se presentaron diferencias al interior del mando huertista. Aunque Antonio G. Olea era once años mayor, más antiguo como divisionario, egresado del Colegio Militar y tenía reputación de “bravura” y “ferocidad”,<sup>37</sup> la Secretaría de

<sup>33</sup> Esta cifra, que parece la más apegada a la realidad, proviene de un telegrama enviado a Carranza por Domingo Arrieta. AHUNAM, Fondo Juan Barragán, caja 1, exp. 5. No obstante, las versiones difieren, desde los 5 400 que menciona Ignacio Muñoz, hasta 1 800 consignados por el general Olea.

<sup>34</sup> Antonio G. Olea, “La toma de Zacatecas”, en *La Batalla de Zacatecas*, Zacatecas, Piedra Angular, 1998, pp. 30-31.

<sup>35</sup> Según las memorias de Antonio G. Olea, el gobierno destacó dos columnas más para reforzar la plaza. La primera, la de Pascual Orozco (800 hombres y dos cañones de montaña), llegó al poblado de la Soledad el día 20 de junio y la del coronel Tello (mil hombres) arribó a Palmira desde la mañana del 21 de junio. Sin embargo, ninguno de estos refuerzos entraron en combate.

<sup>36</sup> Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 32.

<sup>37</sup> Su reputación había llegado a tal grado que sus fuerzas eran conocidas como “la columna del diablo”, sobrenombre que habían ganado por su brutalidad durante

Guerra determinó mantener a Luis Medina Barrón como comandante en jefe.<sup>38</sup> Esto provocó el disgusto del militar veracruzano, a quien incluso se le acusó de no desarrollar “toda su capacidad combativa y de organización” durante la defensa de la ciudad.<sup>39</sup> La decisión de mantener a Medina Barrón parece estar justificada: tenía el mismo grado militar, era originario de Zacatecas y conocía bien el terreno, pues era gobernador del estado desde febrero de ese año y había dirigido una exitosa defensa de la plaza unos días antes. Resuelta la cuestión del liderazgo y reunidos en Consejo de Guerra, Olea expresó su firme convicción de que la plaza de Zacatecas era indefendible, por lo que sugirió evacuarla y concentrar sus tropas en el cañón de Palmira, ubicado a unos 12 kilómetros de la ciudad. Medina Barrón se opuso rotundamente, mostrando un telegrama de la Secretaría de Guerra en el que se le ordenaba “defender esa plaza a toda costa”.<sup>40</sup>

De acuerdo con el plan de defensa establecido meses antes por el general Guillermo Rubio Navarrete, “los ingenieros militares habían construido obras materiales de defensa, con comunicación telefónica, en los cerros de La Bufa, La Sierpe, El Refugio, El Grillo, Clérigos, Loreto y Guadalupe”.<sup>41</sup> Siguiendo esas directrices, la defensa de Zacatecas se planeó en dos líneas: la interna, basada en el poder de fuego de la artillería de La Bufa, El Grillo, La Estación y El Refugio, y la externa, con contingentes en posiciones fortificadas en Guadalupe, Loreto, La Sierpe, Tierra Negra, La Pila, La Encantada, Cinco Señores, El Padre, los dos panteones y otros fortines distribuidos en la periferia de la ciudad. Así, la defensa

---

su campaña contra los zapatistas en 1913. Estas acciones fueron reprimidas por el entonces secretario de Guerra y Marina, Manuel Mondragón. Véase expediente personal de Antonio G. Olea, AHSDN, Ramo Cancelados, f. 582. “Tiénesse noticia de que todos los pueblos por donde su columna pasa, son incendiados, por lo que seriamente le llama la atención sobre que está estrictamente prohibido este proceder”.

<sup>38</sup> El general Luis Medina Barrón había alcanzado el grado de divisionario días antes de la llegada de Olea.

<sup>39</sup> Ignacio Muñoz, “Nuestra guerra civil”, en Roberto Ramos Dávila, *Versiones sobre la batalla de Zacatecas: 23 de junio de 1914*, p. 9.

<sup>40</sup> Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 32.

<sup>41</sup> José G. Escobedo, *La batalla de Zacatecas. Treinta y dos años después*, p. 28.

federal distribuyó a la artillería en distintas zonas: en el cerro de La Bufa, cuatro cañones de 80 mm, dos de 75 mm, esta posición estuvo bajo el mando directo de Medina Barrón, y las baterías a cargo del capitán Ricardo Correa; en el cerro de El Grillo, cuatro cañones de 75 mm y uno de 80 mm, este flanco fue comandado por el propio general Olea, asistido por su hijo, el coronel Antonio Olea; en la estación de ferrocarril, un cañón de 80 mm montado en la plataforma de un tren al mando del general Jacinto Guerra; en el cerro de El Refugio, dos cañones de 75 mm, esta posición estuvo reforzada por las tropas de Antonio Rojas.<sup>42</sup>

En adición a las fortificaciones y baterías, fue instalado en lo alto del cerro de La Bufa un potente reflector eléctrico que permitía sorprender los ataques nocturnos del enemigo. Este implemento fue utilizado con especial atención en una “garganta formada entre los cerros de El Padre y La Sierpe con El Grillo, que desembocaba en la estación de ferrocarriles, que sería muy combatida por ser la entrada más segura hacia el centro de la ciudad”.<sup>43</sup>

<sup>42</sup> Existe una polémica con respecto al número de piezas de artillería federales que tuvieron participación durante la batalla. Entre las diversas fuentes de los testigos, Ignacio Muñoz indica que fueron 12 cañones, Pánfilo Natera da parte del mismo número, Antonio G. Olea únicamente hace mención de diez piezas, Adolfo Terrones Benítez afirma que fueron 18 piezas de artillería, mientras que Felipe Ángeles y Federico Cervantes indican que recuperaron 13 cañones enemigos, por último, el periodista francés Réginald Kann afirma que eran 14. Entre los trabajos historiográficos destacan Miguel Ángel Sánchez Lamego con diez unidades y Sergio Candelas Villalba con 17 piezas. Después de un análisis, es posible identificar con claridad la ubicación de diez piezas: las colocadas en El Grillo, La Bufa y La Estación. A través de testimonios y partes de la batalla también podemos deducir el fuego de artillería federal por el suroeste y sur. De igual forma, no podemos desestimar los testimonios de Ángeles, Cervantes y Natera, quienes afirmaron haber tomado 12 o 13 —según el caso— piezas del enemigo. Por todo esto, creemos que las piezas no identificadas se ubicaron en el cerro de El Refugio, posición conectada por la vía del ferrocarril con la estación, que también hubiese permitido la existencia de fuego por el suroeste y sur. Una segunda opción es que estas piezas estuvieran emplazadas en el cerro de El Padre, al ser una posición defensiva “natural” por ser la elevación más alta por el sur. La tercera, es que tanto el Padre como El Refugio estuvieran artillados, lo cual haría posible el conteo de piezas de Ángeles y la utilización del tren explorador artillado mencionado en la obra de Miguel Sánchez Lamego.

<sup>43</sup> Ignacio Muñoz, *Verdad y mito de la revolución mexicana*, pp. 186-187.

Precisamente ahí los habitantes de Zacatecas vivían momentos de gran dificultad. La sobrepoblación causada por la prolongada estadía de las tropas huertistas hacía que los alimentos escasearan de forma alarmante, ya que la mayor parte de los víveres era enviada hacia las fortificaciones emplazadas en los cerros de los alrededores.<sup>44</sup> Las plazas y los portales se encontraban llenos de soldados y soldaderas, y la iluminación de la ciudad era desconectada después de las nueve de la noche, por lo que aventurarse fuera después de esa hora significaba arriesgarse a diferentes atropellos y a la temida leva.<sup>45</sup> Posteriormente, mientras avanzaban los días y los combates se recrudecían, comenzaron a llegar centenares de heridos a quienes debía encontrarse un espacio, por lo que muchas escuelas y edificios públicos fueron habilitados como hospitales. Los zacatecanos formaron la Cruz Blanca Neutral por iniciativa de Guillermo López de Lara, José Macías Ruvalcaba, Francisco del Hoyo y Beatriz González Ortega.<sup>46</sup>

Mientras tanto, la División del Norte preparaba en Torreón los últimos detalles para su marcha hacia el sur. El 15 de junio se dictaron las últimas órdenes para la salida de los primeros contingentes a Zacatecas. Un día después, el general Tomás Urbina y sus tropas partieron con órdenes de estudiar el terreno y preparar el plan de batalla junto al general Felipe Ángeles, quien salió un día después —17 de junio— con toda la artillería.<sup>47</sup> Debido al gran número de efectivos<sup>48</sup> el movimiento de fuerzas continuó hasta el

<sup>44</sup> José G. Escobedo, *op. cit.*, p. 13.

<sup>45</sup> Ídem, p. 12.

<sup>46</sup> Samuel López Salinas, *La batalla de Zacatecas. Recuerdos imborrables que dejan impacto para toda la vida*, p. 28.

<sup>47</sup> Martín Luis Guzmán, *Memorias de Pancho Villa*, p. 302.

<sup>48</sup> Al igual que en las demás cifras con respecto a la batalla, existe una polémica sobre el número de efectivos en las fuerzas constitucionalistas. En los números más extremistas destacan Antonio G. Olea con 48 000, Samuel López Salinas con 40 000 más la División del Centro; Rafael Zamora con 40 000 e Ignacio Muñoz con 36 000. En cálculos más conservadores están Darío W. Silva con 16 000; Réginald Kann con 18 000, Federico Cervantes con 20 500; Abraham Oros con 22 700 y Sánchez Lamego y Martín Luis Guzmán con 23 000 efectivos. Sin embargo, según nuestras propias estimaciones, podemos determinar que las fuerzas atacantes no sobrepasaron los 23 000 efectivos.

día 20, estableciéndose como punto de desembarco la estación de Calera, desde donde comenzó el despliegue de las brigadas hacia todos los rumbos de la capital zacatecana.<sup>49</sup>

En esta etapa de la batalla —del 17 al 22 de junio— tuvieron lugar intensos combates en prácticamente todos los rumbos de la ciudad, que se libraron con un objetivo estratégico muy claro: posicionar a la artillería y a las fuerzas en la mejor ubicación posible con miras al asalto final. Esta serie de movimientos y encuentros fueron determinantes para el desenlace de la batalla, ya que permitieron al Ejército Constitucionalista capturar posiciones vitales para el control del campo de batalla, con el objetivo de estrechar la línea de defensa. Esto eliminó las posibilidades de que los federales obtuvieran pertrechos y realizaran movimientos, tanto de contraofensiva como de retirada. Asimismo, el control de esas posiciones permitió a las tropas atacantes, durante el asalto final, ponerse a resguardo de la distancia de tiro óptima de las baterías de la línea de defensa interior —La Bufa, El Grillo, La Estación y El Refugio— que al verse comprometidas concentraron sus esfuerzos en evitar su propia caída.

El 19 de junio, Felipe Ángeles trabó combate con el enemigo mientras realizaba un reconocimiento en las cercanías del pueblo de Morelos, ubicado unos kilómetros al norte de Zacatecas. El ataque federal fue potente, por lo que fue necesario enviar en su ayuda a la Brigada Cuauhtémoc de Trinidad Rodríguez, que le permitió empujar al enemigo hasta el cerro de La Pila y la Hacienda Nueva, logrando con ello colocar una batería en Morelos.<sup>50</sup> Al día siguiente, los revolucionarios consiguieron avanzar hasta Vetagrande, donde Ángeles desplegó una parte importante de sus piezas de artillería, pues determinó que sería un excelente punto para atacar las fortificaciones de El Grillo y La Bufa.<sup>51</sup> Obtenidas estas posiciones, se ordenó que la Brigada Ceniceros y una parte de la Brigada Villa avanzaran un poco más allá de Vetagrande, con

<sup>49</sup> Ídem, pp. 302-303.

<sup>50</sup> Ídem, p. 303.

<sup>51</sup> Miguel Sánchez Lamego, *Historia militar de la Revolución Mexicana en la época maderista*, p. 247.

instrucciones de proteger a toda costa los cañones que se habían emplazado. Poco más tarde, el día 21, Martiniano Servín y Mateo Almanza marcharon sobre el cerro de La Sierpe, mientras Trinidad Rodríguez se aproximó a las faldas del cerro de Loreto.

Por el sur de la ciudad, la avanzada revolucionaria intentó tomar el fortín de Cinco Señores desde el día 18, pero la guarnición de aproximadamente cien hombres, al mando del capitán Ojeda, logró mantenerse en su puesto gracias al respaldo del fuego de artillería de La Bufa. No obstante, las intensas lluvias que se registraron en las horas posteriores imposibilitaron que los cañones federales mantuvieran su apoyo, por lo que la tropa de Ojeda quedó abandonada a su suerte y Cinco Señores cayó en poder de la División del Norte el día 20, aunque aún hubo intentos huertistas de retomar la posición con éxito parcial.<sup>52</sup>

Nuestras ametralladoras funcionaban sin cesar, logrando hacer más lento el ataque de los villistas, por las enormes bajas que sufrían. Atrás de nuestras trincheras, un aspecto desolador hacía posible nuestra derrota. Más de la mitad de nuestra gente estaba ya muerta o herida. Un escaso grupo de hombres quedaba todavía en pie, haciendo fuego sin cesar.<sup>53</sup>

Hacia el suroeste, las brigadas de Maclovio Herrera y Manuel Chao lograron adelantarse hasta San Antonio y Cieneguilla —dos posiciones cercanas al cerro de El Padre— adonde les fueron enviadas diez piezas de artillería que se colocaron, según las instrucciones precisas de Felipe Ángeles, con la consigna de mantenerlas en silencio hasta que se determinara el momento del ataque final.<sup>54</sup> Mientras tanto, las fuerzas de Durango y Zacatecas iniciaron su maniobra de aproximación a la ciudad por el rumbo de Guadalupe, una posición de gran importancia táctica puesto que representaba una de las posibles rutas de escape para los defensores de la plaza. El día 21, las tropas de la Primera División del Centro

<sup>52</sup> Ignacio Muñoz, “Nuestra Guerra civil”, *op. cit.*, pp. 10-11 y 15-16.

<sup>53</sup> Ídem, p. 15.

<sup>54</sup> Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, p. 303.

lanzaron un ataque sobre Guadalupe, que estaba defendida por “1 500 orozquistas y rurales”.<sup>55</sup> El combate duró cerca de cuatro horas, entablándose peleas cuerpo a cuerpo en las trincheras y fortificaciones hasta que los federales se retiraron hasta el cerro de El Padre, donde recibieron refuerzos y se atrincheraron.<sup>56</sup> Entonces, un “tren explorador por la vía del ferrocarril dotado con dos piezas de artillería”<sup>57</sup> comenzó la contraofensiva, pero sus disparos no surtieron el efecto deseado y, después de dos ataques, los federales decidieron volver a sus posiciones. El día 22, en vísperas del asalto final, Medina Barrón lanzó una poderosa contraofensiva desde muy temprano intentando “varias veces recuperar las posiciones que se le habían quitado el día anterior”;<sup>58</sup> de todos los frentes de batalla los soldados cargaron contra los constitucionalistas, a pesar de que esta maniobra se realizó “con absoluta precisión”<sup>59</sup> y fue apoyada por el fuego de artillería, resultó en fracaso por la rápida respuesta de las baterías comandadas por Ángeles.

Estando amagada la plaza por todos los rumbos, en la tarde de ese mismo día se procedió a estrechar el cerco para dar el ataque general a las diez de la mañana del día siguiente. No obstante, durante esta acción la resistencia federal llegó a tal que el propio general Maclovio Herrera resultó herido en la mano al intentar repeler a los defensores de Cinco Señores.

En esta etapa de la batalla, los combates nocturnos resultaron desgastantes para las tropas federales que lucharon bajo la oscuridad, en la que sólo era posible divisar la luz del faro de La Bufa.<sup>60</sup> Sin embargo, el día 22, el reflector fue alcanzado por el fuego enemigo, por lo que esa noche las refriegas tuvieron lugar en com-

<sup>55</sup> Parte militar de Pánfilo Natera a Venustiano Carranza, en AHUNAM, Fondo Juan Barragán, caja 2, exp. 17.

<sup>56</sup> Expediente de operaciones militares en el estado de Zacatecas en 1914, en AHSDN, ff. 288-289.

<sup>57</sup> Adolfo Terrones Benítez, “Tercera batalla de Zacatecas”, en *El Legionario*, v. IX, N. 99, mayo de 1959, p. 76.

<sup>58</sup> Parte militar de Pánfilo Natera a Venustiano Carranza en AHUNAM, Fondo Juan Barragán, caja 2, exp. 17.

<sup>59</sup> Adolfo Terrones Benítez, “Tercera batalla de Zacatecas”, *op. cit.*, p. 78.

<sup>60</sup> Ignacio Muñoz, “Nuestra guerra civil”, *op. cit.*, p. 13.



pleta obscuridad, disminuyendo considerablemente su intensidad en comparación con las noches anteriores.<sup>61</sup>

Finalmente, el general Francisco Villa llegó a Zacatecas hacia la una de la tarde del día 22 de junio, acompañado de las brigadas González Ortega —al mando del general Toribio Ortega— y Zaragoza, que era comandada por el coronel Raúl Madero en sustitución de Eugenio Aguirre Benavides. De inmediato Villa se dirigió al cuartel general establecido en Morelos por Urbina, en donde le dieron los detalles del plan trazado por el general Ángeles:

Atacaremos al enemigo por su frente del norte, que defienden las posiciones fortificadas de El Grillo y La Bufa, y para lo cual tendremos que tomar primero el cerro que nombran de La Tierra Negra y el de La Tierra Colorada [Loreto], y el de la Sierpe. El dicho ataque tendrá su apoyo en el que les hagamos por el sur, sobre los parajes de La Estación y contra el cerro de Los Clérigos [El Padre]. El enemigo, arrojado de sus posiciones, no encontrará abrigo en la ciudad, pues ocupadas por los nuestros las referidas posiciones, la población entera se verá a merced de nuestros fuegos. No la quedará al enemigo otra ilusión que la salida por Guadalupe, y entonces nuestra reserva, que estará allí, lo arropará y lo aniquilará.<sup>62</sup>

Sin perder tiempo, Villa se dio a la tarea de hacer un reconocimiento del terreno, tras lo cual aprobó el plan de batalla. Se trasladó a todos los frentes de batalla y dio órdenes de no entablar combate hasta el día siguiente a las diez de la mañana, intentando evitar enfrentamientos innecesarios que desgastaran a sus tropas antes del momento indicado.<sup>63</sup> La Brigada Zaragoza fue enviada a proteger las baterías de Vetagrande y la Brigada Ortega a reforzar a los

<sup>61</sup> Ídem, p. 17.

<sup>62</sup> Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, pp. 304-305.

<sup>63</sup> Ídem, p. 306. No obstante, se tiene noticia de intensos combates hasta la tarde de ese mismo día 22 de junio, incluso con importantes descargas de artillería de los dos bandos. “Tronaban los cañones de El Grillo y los de La Bufa, en un duelo magnífico con la numerosa artillería que llevaba la División del Norte, por momentos hacía que olvidáramos las fases de nuestro combate para concentrar la atención en aquel encuentro científico.” Véase Ignacio Muñoz, “Nuestra guerra civil”, *op. cit.*, pp. 16-17.

generales Maclovio Herrera y Manuel Chao en el rumbo del sur.<sup>64</sup> De tal manera, el cerco quedó completo en todos los frentes, con 28 cañones por el rumbo norte y una batería de diez piezas por el sur, además de casi 20 mil hombres de las tres armas.<sup>65</sup> Como última maniobra, durante la noche, el general Ángeles decidió cambiar de sitio algunas baterías ya emplazadas con el fin de confundir a los artilleros enemigos que ya las tenían identificadas, por lo que un total de 24 piezas fueron desmontadas y colocadas nuevamente.<sup>66</sup> Al amanecer, el fuego de la artillería constitucionalista despertó a la guarnición federal con una severa descarga que hizo de preludio al asalto final.<sup>67</sup>

El plan de batalla, para el asalto final de la ciudad de Zacatecas, quedó establecido; en las palabras de Francisco Villa:

Por el noreste y por el norte, para atacar desde La Plata y Vetagrande, los cerros Tierra Negra y Tierra Colorada, avanzarían las tropas de mi compadre Tomás Urbina, Ceniceros, Aguirre Benavides, Raúl Madero y el coronel Gonzalitos [...]. Por el noroeste, para el ataque nombrado flanco, el cerro Tierra Colorada o Loreto, avanzarían viniendo de Las Pilas y Hacienda Nueva, las fuerzas de José Trinidad Rodríguez y las de Rosalío Hernández [...]. Por el poniente y a mi derecha, contra el cerro nombrado La Sierpe, avanzarían las fuerzas de Mateo Almanza y Martiniano Servín [...]. Por el suroeste y el sur avanzarían sobre los fortines de la estación, en la falda que hacia allá corre desde lo alto de El Grillo y sobre el cerro de Los Clérigos o de El Padre, las fuerzas de Toribio Ortega, Maclovio Herrera y de Manuel Chao [...]. Por el sur y sureste, en movimiento hacia el dicho cerro de El Padre y hacia otro que no me recuerdo, las tropas de Natera, Bañuelos, Domínguez, Cervantes y Caloca [...]. Por el oriente, sobre el pueblo que se llama Villa

<sup>64</sup> Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, p. 304.

<sup>65</sup> Sergio Candelas Villalba, *La batalla de Zacatecas*, p. 72.

<sup>66</sup> Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, p. 307.

<sup>67</sup> Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 37. Aunque las fuentes villistas insisten que el combate se inició a las diez de la mañana del día 23 de junio, según el testimonio de fuentes de la Primera División del Centro, soldados federales y partes militares, se puede inferir que la artillería y los ataques de la División del Norte fueron constantes e ininterrumpidos desde el día 18 hasta la madrugada del día 23, causando un severo desgaste en la guarnición defensora.

de Guadalupe y hacia las alturas nombradas Crestón Chino, rumbo a La Bufa avanzarían en parte y en parte estarían de reserva, las fuerzas de Arrieta, de Triana, de Carrillo, más otros jefes de Durango.<sup>68</sup>

Al levantar la niebla la mañana del 23 de junio de 1914, todo el poder de la División del Norte se cernía sobre Zacatecas.

## EL ATAQUE DE LOS REVOLUCIONARIOS

El día 23 de junio de 1914 comenzó el asalto final a la ciudad. La neblina de la madrugada hizo que el avance se determinara hasta las diez de la mañana; desde temprano, en el campamento revolucionario se vivieron los últimos preparativos para entrar en combate a gritos y toques de trompeta:

Mientras las mujeres preparan el almuerzo, los hombres reciben su provisión de parque, le dan un vistazo al rifle, a las alforjas, a los tientos; que vaya la cantimplora bien llena de agua; que el tabaco, que las polainas... y cuando hay centenares de caballos, millares de caballos parados en formación, inquietos, piafantes, los soldados almuerzan de carrera, movidos por sus jefes. “¡Vámonos muchachos!” se oye donde quiera, “¡vámonos!” Y las voces suaves o recias de los capitanes hacen apresurarse a los retardados.<sup>69</sup>

Al comenzar el ataque, el médico Brondo Whitt al servicio de la División del Norte observó, desde el techo del tren-hospital, la marcha de las tropas hacia Zacatecas, de aquellos “millares de hombres, con sus banderas y sus jefes, y sus carros de provisión, [que] emprendieron aquella gran marcha acercándose a las serranías que defienden la ciudad”.<sup>70</sup> La calma pronto se rompe. El fuego de la artillería de la División del Norte resonó por el noroeste, noreste y sur: las fuerzas constitucionalistas tomaron la ofensiva.

<sup>68</sup> Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, p. 307.

<sup>69</sup> E. Brondo Whitt, “La campaña sobre Zacatecas”, en *La batalla de Zacatecas*, p. 136.

<sup>70</sup> Ídem, p. 160.

Los proyectiles de los cañones abrieron paso a las fuerzas de infantería y caballería que desde el norte se lanzaron a tomar la defensa exterior de la ciudad formada por los cerros de La Sierpe, Loreto y Tierra Negra. Los soldados federales atrincherados en las faldas de los montes pronto sucumbieron al fuego de artillería constitucionalista y se replegaron a las cimas de sus posiciones. Pero los proyectiles federales tampoco retrasaron su impacto y, desde sus tres puntos clave de defensa, se concentraron en las masas enemigas que lentamente se abalanzaban sobre sus fuertes. “De Zacatecas, de El Grillo, de La Bufa, del cerro de [Refugio] y de todas las posiciones federales tronaban también las armas intensificando aquel épico concierto.”<sup>71</sup> Las fuerzas de Trinidad Rodríguez junto con la Brigada Villa y Zaragoza se lanzaron a la captura del cerro de Loreto apoyado por el fuego de las baterías del Grupo Jurado y la batería del capitán Quiroz. En esta avanzada, Trinidad Rodríguez desalojó al enemigo, pero un disparo terminó por alcanzarlo y matarlo. Paralelo a este ataque, por el noreste atacaron el cerro de Tierra Negra y por el noroeste comienza el lento avance sobre La Sierpe. “Toda la artillería revolucionaria se dedicó al apoyo de la infantería sin designarse unidades para misiones de contraartillería, en tanto que la artillería federal contestaba el fuego intentando desorganizar el avance de la infantería villista.”<sup>72</sup>

Minutos después, por el rumbo del noreste, los defensores de Tierra Negra comenzaron a abandonar sus posiciones y se replegaron en La Bufa<sup>73</sup> por el ataque de las brigadas Morelos, Robles y Ceniceros que fueron guiados por una “barrera rodante”<sup>74</sup> de fuego de artillería. Mientras tanto, el teniente federal Octavio César Yáñez, defensor de La Sierpe, observó en esos momentos desde su trinchera que “todas las fuerzas combatían, todos los cerros eran atacados, al parecer simultáneamente; hacia el flanco derecho de

<sup>71</sup> Felipe Ángeles, “La batalla de Zacatecas”, en *La batalla de Zacatecas*, p. 14.

<sup>72</sup> Sergio Candelas Villalba, *op. cit.*, p. 88.

<sup>73</sup> Federico Cervantes, “Cómo fue el ataque a Zacatecas”, en *La batalla de Zacatecas*, p. 217.

<sup>74</sup> Sánchez Lamego, *op. cit.*, p. 255.

la falda de La Sierpe apareció una columna enemiga. En el acto, rompimos nuestros fuegos intensamente sobre ella”.<sup>75</sup>

En efecto, una vez que Loreto y Tierra Negra cayeron en poder villista todo apuntó hacia el cerro de La Sierpe, último punto de la línea de defensa exterior, cuya toma hacía inevitable la caída de El Grillo.<sup>76</sup> Las baterías revolucionarias tenían que mantenerse en constante movimiento para situarse a distancia de tiro de sus objetivos, por ello, al ser capturado Loreto, los artilleros tuvieron que trasladarse hasta su cima para poder disparar sobre La Sierpe. No obstante, el desplazamiento fue lento y las tropas de Martiniano Servín se lanzaron al ataque, pero sin el apoyo de la artillería.

En el frente del suroeste, las fuerzas de Trinidad Cervantes se batieron con las tropas del cerro de El Padre, por el sur, las de los Bañuelos atacaron El Refugio y en el sureste Pánfilo Natera presionó sobre el camino a Guadalupe.<sup>77</sup> En esos momentos, de vuelta al frente del noroeste, el general federal Emilio Gallardo al ver que los atacantes como una “avalancha de gente” se lanzaba sobre su posición:

multiplicándose y con inaudito arrojo, con un grupo de su escolta saltó la trinchera, invitando a nuestras tropas a hacer lo mismo [y] entre una gritería infernal, redoblamos hasta el máximo nuestras energías, hasta que vimos cómo se arremolinaba el enemigo, que tal vez desconcertado, empezaba a dar media vuelta de nuestras ametralladoras que haciendo fuego en abanico, les causaba numerosas bajas.<sup>78</sup>

Desde El Grillo, el general federal Olea intentaba frenar con su batería a las tropas que lentamente ascendían a la cima de La Sierpe;

<sup>75</sup> Octavio César Yáñez, “El valiente general Gallardo”, en Ignacio Muñoz, *Verdad y mito...*, p. 260.

<sup>76</sup> Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 33.

<sup>77</sup> Parte militar de Pánfilo Natera a Venustiano Carranza, en AHUNAM, Fondo Juan Barragán, caja 2, exp. 17. Existe otra polémica con respecto a la caída del cerro de El Padre, Natera afirma que la posición es tomada a las 10:40 am, mientras que Trinidad Cervantes, Antonio G. Olea e Ignacio Muñoz la sitúan alrededor de las 12 pm.

<sup>78</sup> Octavio César Yáñez, *op. cit.*, p. 260.

en contraparte, Felipe Ángeles apresuraba el arribo de la suya al cerro de Loreto. La lucha se encarnizó en la cima de La Sierpe, donde se presentaron numerosos combates cuerpo a cuerpo en los que no parecía vislumbrarse un claro vencedor.<sup>79</sup>

El propio Villa miró “el gran desconcierto de la infantería de Servín y la impotencia de sus hombres delante de aquellas trincheras, que iban quebrantándolo y abrumándolo”,<sup>80</sup> y que a la larga serían rechazados si no se presentaba apoyo artillero. El jefe de la División hizo que una ametralladora abriera fuego sobre las trincheras enemigas, esperando que esto diera un respiro a sus atacantes, pero fue en vano.

Finalmente, a las 11:45 llegaron las primeras piezas de artillería a la cima de Loreto: “El primer cañonazo sonó alegremente en los oídos nuestros y es probable que muy desagradablemente en los de los defensores de La Sierpe”.<sup>81</sup> Los defensores federales, al ver que el número de atacantes aumentó por su flanco derecho y los estragos de las granadas enemigas, decidieron abandonar la posición. “¡Al Grillo! ¡Al Grillo!”<sup>82</sup> gritó el general Gallardo a sus tropas mientras éstas descendían en medio del desorden. A las 12:30, Olea observó “flotar en la cúspide de La Sierpe, una bandera tricolor y [...] bajar como a 80 hombres, supervivientes de esa posición, que se replegaban”.<sup>83</sup> Entre los afortunados que lograron guarnecerse en El Grillo no se encontraba el general Gallardo, pues murió en su puesto de batalla a los 64 años, haciendo caso omiso a los gritos que le ordenaban deponer sus armas. Al mismo tiempo, por el oeste, las fuerzas de Maclovio Herrera y Toribio Ortega lograron tomar las fortificaciones en Cinco Señores, cuyas fuerzas defensoras, después de sufrir una “verdadera lluvia de balas”,<sup>84</sup> se replegaron a la estación del ferrocarril. Así, aproxi-

<sup>79</sup> *Ibidem*.

<sup>80</sup> Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, p. 311.

<sup>81</sup> Felipe Ángeles, *op. cit.*, p.16.

<sup>82</sup> Octavio César Yáñez, *op. cit.*, p. 261.

<sup>83</sup> Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 38.

<sup>84</sup> Ignacio Muñoz, “Nuestra guerra civil”, *op. cit.*, p. 18.

madamente a mediodía, la línea de defensa exterior de la ciudad sucumbió frente al poder constitucionalista.

La situación era crítica para el Ejército federal, porque al caer la línea exterior la única vía de movimiento era hacia el centro de la ciudad, pues todos los demás caminos estaban amagados por tropas enemigas. Olea intentó un contraataque hacia el cerro de La Sierpe, pero todo fue inútil: “Las municiones de artillería se habían agotado totalmente”.<sup>85</sup> Rápidamente, envió por más cargas al depósito de armas ubicado en el Palacio de Gobierno mientras se atrincheraba y observaba el ataque a su propio bastión. Paralelamente en el frente del suroeste, a las 12:30 del día, el cerro de El Padre por fin cayó en manos revolucionarias y los defensores se replegaron a la estación del ferrocarril.

Para poder disparar sobre El Grillo, las baterías revolucionarias que se habían utilizado en el asalto a La Sierpe, emplazadas en Loreto, tuvieron que ser movidas a una posición más vulnerable donde “soplaba un huracán de muerte; las balitas de fusil zumbaban rápidas y las granadas estallaban estruendosamente”.<sup>86</sup>

Pero muy pronto las baterías federales recobraron parque y concentraron sus esfuerzos en poner fuera de combate a los cañones constitucionalistas. Felipe Ángeles entendió la gravedad de la maniobra federal: “Si nos rechazaban de Loreto, si de ahí rechazaban a la artillería, ya no podría nuestra infantería proseguir sobre El Grillo; era necesario batirse allí denodadamente”.<sup>87</sup> Según el testimonio de Ángeles, los disparos federales fueron cada vez más certeros en “su ansia de malograr, estorbando la acción de nuestra artillería [...] nos acumulaba ahí el grueso de sus fuegos [que] nos rodeaban con sus explosiones, y algunas nos llegaban con tan grande pericia que nos hacían bajas entre los servidores de las piezas o nos estallaban encima o a los lados”.<sup>88</sup> La férrea pelea hizo creer a los revolucionarios que el Ejército federal no aflojaría

<sup>85</sup> Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 38.

<sup>86</sup> Felipe Ángeles, *op. cit.*, p. 16.

<sup>87</sup> Ídem, p. 17.

<sup>88</sup> Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, p. 313.

nunca en su nueva resistencia,<sup>89</sup> cuando de pronto, mientras Villa y Ángeles vigilaban el campo de batalla, una gran detonación los sacudió agresivamente, pues pareció ser la explosión de una granada enemiga, pronto se descubrió que había sido obra de una munición defectuosa que estalló cuando era colocada por los artilleros.

Después del incidente, el propio Ángeles, al ver el temor con el que sus hombres recargaban sus cañones, les gritó: “No ha pasado nada. Pero vivan seguros que nos va a pasar lo peor si, cesando nosotros en nuestra lucha, dejamos que el enemigo nos quebrante y nos derrote [...] ¡fuego sin interrupción!”<sup>90</sup> Los artilleros obedecieron a medias, agazapándose y marchando de lado hasta que el alto mando desenfundó sus revólveres para amedrentarlos y obligarlos a reanudar el fuego.<sup>91</sup> Pese a sus esfuerzos, en el ascenso hacia la cima de El Grillo, las tropas cansadas disminuyeron el movimiento del ataque. Entonces, Villa envió al frente de batalla a Federico Cervantes con órdenes de presionar la ofensiva, pero al llegar ahí, Raúl Madero, quien lideraba al contingente, se sinceró y le dijo que necesitaban refuerzos. A pesar de las dificultades revolucionarias, la resistencia federal también se tambaleaba. Era la 1:30 de la tarde cuando Cervantes observó que las tropas enemigas comenzaron el abandono del cerro de El Grillo, retirándose hacia el centro de la ciudad y las baterías de La Bufa cesaban sus fuegos.

Cerca de la una, en el frente del noreste y noroeste, los dos ejércitos bajaron la intensidad del combate para reorganizar a sus fuerzas. “Ésta es como una tregua, señor general, que el enemigo nos ofrece para que usted y yo nos acordemos de nuestra comida”,<sup>92</sup> le comentó Francisco Villa a Felipe Ángeles, mientras se retiraron a una casa en la cima de Loreto a comer. Sin embargo, en los frentes del suroeste, sur y sureste sucedió lo contrario, pues los atacantes no disminuyeron su intensidad. A las 12:30, Trinidad Cervantes logró la conquista del cerro de El Padre, para posterior-

<sup>89</sup> Ídem, p. 314.

<sup>90</sup> Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, p. 314.

<sup>91</sup> Federico Cervantes, *op. cit.*, p. 222.

<sup>92</sup> Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, p. 315.



mente apoyar a las tropas de Santos Bañuelos en su ascenso por la loma de El Refugio, que sucumbió alrededor de la 1:30. Por el este, en el camino a Guadalupe, las fuerzas de Arrieta, Carrillo y Triana tomaron el control total de la zona entre El Refugio y La Bufa, haciendo que los cañones de El Grillo dispararan esporádicamente sobre ellos.

El general Antonio G. Olea —comandante del fuerte de El Grillo— bajó hacia la estación de ferrocarril y al ver soldados federales corriendo por las calles en el mayor desorden reorganizó cerca de 500 soldados que se habían retirado de las fortificaciones del sur y les ordenó que “200 de ellos fueran a reforzar inmediatamente a El Grillo, cada vez más comprometido”.<sup>93</sup> Por su parte, el general Felipe Ángeles, aprovechando la falta de tiros enemigos, reubicó la artillería en las proximidades del cerro de Tierra Negra para batir de mejor manera las fortificaciones de La Bufa. Las Brigadas Morelos, Ceniceros y Robles subían poco a poco hacia la cúspide de La Bufa, pero nuevos cargamentos de municiones llegaron a la cima y el Ejército federal recobró el fuego de sus cañones. Todos los flancos estaban bajo ataque y los esfuerzos de los artilleros del gobierno huertista tuvieron que concentrar sus disparos en evitar los avances en sus propios cerros, entregándose a una sola defensa.<sup>94</sup>

Aproximadamente a las dos de la tarde, la lucha se volvió desesperada. La guarnición del cerro de El Grillo recibió refuerzos e intentó rechazar el ataque en sus dos flancos: por un lado, las brigadas Cuauhtémoc, Zaragoza y Villa; por el otro, las fuerzas de Almanza y Servín. Al mismo tiempo, pero del otro lado de la ciudad, la fortificación en La Estación recibió un fuerte ataque combinado de la Primera División del Centro y las brigadas de Maclovio Herrera y Toribio Ortega. En esa intensa lucha, el federal Ignacio Muñoz recordó ver que el general Pablo de los Santos llegó a tomar un respiro a su posición y observó que éste “tenía dos heridas en la misma

<sup>93</sup> Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 38.

<sup>94</sup> Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, p. 316.

pierna”,<sup>95</sup> pero se negó a recibir atención médica. De los Santos se retiró con el crujir de sus “huesos astillados” y se lanzó nuevamente al frente con un puñado de sus *colorados*, más tarde murió en combate. Otro oficial federal, Octavio César Yáñez, formó parte de los últimos intentos por detener a los revolucionarios en el suroeste con un grupo de cien hombres, liderados por los generales Antonio G. Olea y Jacinto Guerra, que se dirigieron a la estación del ferrocarril y se protegieron detrás de los carros del ferrocarril pretendiendo contener al enemigo que por ese lado ya entraba a la ciudad.<sup>96</sup> En su recorrido, observó los signos de la derrota: “Al pasar enfrente del Palacio Federal vi el espectáculo macabro que presentaban los numerosos heridos y muertos en aterradora cantidad, tirados en las banquetas de ambas aceras y en la vía del tranvía urbano, tres o cuatro plataformas atestadas de cadáveres hasta formar pirámides y chorreando sangre”.<sup>97</sup>

La caída del frente del sur era inminente y Jacinto Guerra, quien comandaba el último cañón, decidió abrir fuego hacia el camino a Guadalupe para preparar la retirada, pero sus tiros resultaron ineficaces. Desde El Grillo, las tropas federales comenzaron a descender al centro de Zacatecas. Entonces, el caos se desató. Una avalancha de soldados se arremolinaron en la plaza, unos queriendo huir del enemigo, otros manteniendo la última línea de defensa. “¡A recuperar los cerros! ¡A recuperar la ciudad!”<sup>98</sup> gritaron algunos oficiales federales intentando desesperadamente serenar a sus compañeros de armas: todo fue en vano, la tragedia había comenzado. A las tres de la tarde, la estación del ferrocarril cayó en poder del Ejército Constitucionalista. El caos se desató entre los defensores, mientras cada hombre buscaba salvar su propia vida. El general Víctor Monter, jefe del Estado Mayor de Olea, fue capturado y conducido a un viejo paredón en las cercanías de la estación, donde murió ejecutado por un pelotón de fusilamiento

<sup>95</sup> Ignacio Muñoz, *Verdad y mito...*, *op. cit.*, p. 202.

<sup>96</sup> Octavio César Yáñez, *op. cit.*, p. 261.

<sup>97</sup> *Ibidem*, p. 261.

<sup>98</sup> *Ídem*, p. 262.

revolucionario.<sup>99</sup> Asimismo, el general Jacinto Guerra, quien defendió La Estación hasta las últimas consecuencias, cuando sus fuerzas se hallaban en franca retirada y al ver que no tenía más granadas para su cañón de 80 mm, decidió encarar a la fuerza enemiga y rendirse ante ellos, pero fue ignorado y llevado al paredón.

En el noroeste, alrededor de las 3:30 de la tarde, la artillería federal de El Grillo agotó sus tiros y los hijos del general Olea, Antonio y José, quienes eran los comandantes de dichas armas a la partida de su padre, al no tener más parque quitaron los cierres de sus cañones para inutilizarlos mientras los revolucionarios se lanzaban sobre la cima. La voluntad de resistencia federal comenzó a flaquear. Al mismo tiempo en el cerro de La Bufa, por el noreste, el general Medina Barrón al ver el colapso del sur bajó al centro de la plaza y ordenó que un regimiento de caballería al mando de Benjamín Argumedo abriera un paso hacia Guadalupe para preparar una probable retirada hacia Aguascalientes. Pero la falta de coordinación en el mando federal creó confusión entre sus miembros, pues mientras los generales Antonio Olea y Jacobo Harootian luchaban en las calles de Zacatecas, observaron el descenso de Medina Barrón y sorprendidos supusieron que éste había abandonado su posición a la suerte y corrieron a su encuentro.<sup>100</sup> Siguiendo órdenes, a las cuatro de la tarde, Argumedo atacó con una columna de más de 500 dragones sobre Guadalupe intentando romper el cerco, pero fue rechazado por fuerzas de Domingo Arrieta por el flanco izquierdo y por Calixto Contreras por el derecho.<sup>101</sup>

La caída de la plaza era cuestión de tiempo, las fuerzas de El Grillo comenzaban a abandonar su posición y Antonio G. Olea intentó comandar una contraofensiva hacia La Estación. Vitoreando al gobierno, un grupo como de 200 hombres se lanzaron calle abajo en dirección al sur, pero al faltar dos cuadras para llegar a la estación, un nutrido fuego les causó severas bajas y tuvieron que

<sup>99</sup> Ignacio Muñoz, *Verdad y mito...*, *op. cit.*, p. 218.

<sup>100</sup> Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 38.

<sup>101</sup> Parte militar de la batalla de Natera a Carranza, en AHUNAM, Fondo Juan Barra-gán, caja 2, exp. 1, caja 2, exp. 17.

refugiarse en el Hospital Militar.<sup>102</sup> Derrotados, los altos mandos acordaron que su mejor opción para retirarse era por el sureste e intentaron un nuevo ataque a las 4:30 buscando abrirse paso a viva fuerza, pero en su trayecto fueron diezmados por la artillería enemiga y rechazados brutalmente en los alrededores de Guadalupe, donde los revolucionarios les cortaron el paso. Entonces, el caos se desató. Las fuerzas de El Grillo abandonaron por completo su posición “primero, hombres aislados que se retiran al paso; después, grupos que se esconden retirándose y, por último, un verdadero cordón humano que desciende aceleradamente huyendo del cerro para internarse en Zacatecas”.<sup>103</sup> El cónsul británico observó cómo los defensores abandonaban la disciplina y huían para salvarse: “Los hombres se metían en cualquier hoyo o rincón que podían encontrar, mientras cientos de ellos se desvestían en las calles, tiraban sus uniformes, rifles, carrilleras, etcétera. Los oficiales andaban a caballo recogiendo sus pertenencias, preparándose para la retirada”.<sup>104</sup>

El ataque revolucionario por todos los flancos no cesó, estrechando a los defensores poco a poco, compactándolos en las faldas de La Bufa. Al dar las cinco de la tarde, para Ángeles “ya la lucha tenía un aspecto completo de victoria próxima. La Bufa y El Grillo hacían débil resistencia. En mi concepto, todo era cuestión de tiempo para germinar en el enemigo la idea de la derrota”.<sup>105</sup> Entonces, Medina Barrón ordenó que los últimos disparos de La Bufa, seriamente comprometida, se hicieran en contra de las tropas duranguenses que estaban bloqueando el camino a Guadalupe, pero las tropas constitucionalistas resistieron el embate. Paralelamente, la División del Norte consumó la toma de El Grillo y puso en desbandada a sus defensores que se concentraron desesperados en las cercanías de La Bufa en busca de una salida. En esta persecución murió el general federal Lucio Gallardo mientras intentaba ponerse a resguardo de las balas revolucionarias.

<sup>102</sup> Ignacio Muñoz, *Verdad y mito...*, p. 212.

<sup>103</sup> Federico Cervantes, *op. cit.*, p. 224.

<sup>104</sup> Friedrich Katz, *Pancho Villa*, p. 400.

<sup>105</sup> Felipe Ángeles, *op. cit.*, p. 20.

La situación era caótica en la plaza y los defensores de La Bufa comenzaron a verse superados por el ascenso revolucionario. Entonces, el general Medina Barrón dando por perdida la batalla, en medio de “una lluvia de proyectiles”, ordenó la retirada general del ejército mientras se lanzó al ataque por el sureste acompañado del alto mando federal. En ese momento, Ángeles observó las acciones desde el norte y pudo ver la proximidad de la victoria “la cima de El Grillo llena de infantes nuestros que descendían de derecha e izquierda sobre Zacatecas [...] Ahora, pensé, ya no falta más que la parte final, muy desagradable, de la entrada a la ciudad conquistada”.<sup>106</sup> Al acercarse la batalla a las calles de Zacatecas, los pobladores de la ciudad se refugiaron en sus hogares esperando que terminara el combate.

Casi a las seis de la tarde, una explosión cimbró la ciudad de Zacatecas. El depósito de armas ubicado en el Palacio Federal, “un edificio colonial muy hermoso y uno de los mejores de la ciudad, de espesísimos y gruesos muros, construidos de piedra”, explotó sembrando el pánico por las calles de la ciudad, matando a 35 soldados de Pánfilo Natera, 89 federales y una familia zacatecana.<sup>107</sup>

La trepidación fue tan violenta que se abrieron las puertas y ventanas de las casas, corriéndose las aldabas y pasadores. Esto acontecía cuando el combate se desarrollaba en las calles con mayor intensidad [...]. Todos los habitantes de Zacatecas permanecíamos en nuestras casas al amparo de las paredes, que nos protegían de las balas. Las puertas y ventanas se habían tapado con colchones. Rezaba toda la familia en compañía de los criados, mi padre hacía coro. Pedíamos a Dios nos librara de las balas y por el eterno descanso de los que en esos momentos estaban muriendo en combate.<sup>108</sup>

Minutos después las tropas defensoras de La Bufa, últimas en pie de guerra, dejaron sus armas y comenzaron la retirada. La deses-

<sup>106</sup> Sergio Candelas Villalba, *op. cit.*, p. 97.

<sup>107</sup> Existen varias versiones acerca de la explosión del Palacio Federal. La más extensa es la de Samuel López Salinas en su obra *La batalla de Zacatecas. Recuerdos imborrables que dejan impacto para toda la vida*, p. 36.

<sup>108</sup> Samuel López Salinas, *op. cit.*, p. 35.

peración llegó a tal grado que el general federal Manuel M. Altamirano, comandante de los *colorados* en esa posición, tomó su pistola y se pegó un tiro en la sien. Así, el último bastión huertista cayó a las 6:30 de la tarde en medio de una estruendosa gritería.<sup>109</sup> Las tropas federales pelearon por cerca de una hora en el camino a Guadalupe intentando romper el cerco, pero el miedo esparcido entre los hombres y la agresividad mostrada por los soldados atacantes pronto hicieron que la más completa desorganización reinara en el campo de batalla. Empezó entonces para los federales una verdadera cacería. “Los soldados de Huerta se rendían y se entregaban a los nuestros, que según su estado de ánimo los mataban o los conducían con sus jefes.”<sup>110</sup> El general federal José Soberanes, amigo del general Ángeles, intentó ir en busca de su excompañero de armas para rendirse ante él, pero perdió la vida aplastado por sus propias tropas frenéticas que intentaban abandonar la ciudad. Confusión, pánico, gritos, descargas de fusil en el camino a Guadalupe que “negreaba a distancia por los montones de hombres y caballos muertos”.<sup>111</sup> Únicamente un grupo de 200 hombres logró llegar hasta Aguascalientes.

Finalmente, nos pareció ver que hacían un último esfuerzo, desesperado, para lograr salir, por donde primero lo intentaron, por Guadalupe. Y presenciamos la más completa desorganización. No los veíamos caer, pero lo adivinamos [...] los veía aniquilar en el colmo del regocijo; porque miraba las cosas bajo los puntos de vista artísticos, del éxito de la labor hecha, de la obra maestra terminada.<sup>112</sup>

La batalla de Zacatecas había terminado. “Ya ganamos, mi general”,<sup>113</sup> le dijo Felipe Ángeles al Centauro del Norte mientras se dirigía al centro de la plaza recién conquistada, en cuya victoria se había sellado el destino de una nación.

<sup>109</sup> Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 40.

<sup>110</sup> E. Brondo Whitt, *op. cit.*, p.162.

<sup>111</sup> Ídem, p. 163.

<sup>112</sup> Felipe Ángeles, *op.cit.*, p. 27.

<sup>113</sup> Ídem, p. 21.

## FUENTES PRIMARIAS

- Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (AHSND).  
Ramo Cancelados.  
Expediente de operaciones militares en el estado de Zacatecas en 1914.  
Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México  
(AHUNAM), Fondo Juan Barragán.

## BIBLIOGRAFÍA

- ÁNGELES, Felipe, “La batalla de Zacatecas”, en *La batalla de Zacatecas*, Zacatecas, Piedra Angular, 1998.
- BRONDO WHITT, E., “La campaña sobre Zacatecas”, en *La batalla de Zacatecas*, Zacatecas, Piedra Angular, 1998.
- CANDELAS VILLALBA, Sergio, *La batalla de Zacatecas*, Zacatecas, Gobierno de Zacatecas, 1989.
- CERVANTES, Federico, “Cómo fue el ataque a Zacatecas”, en *La batalla de Zacatecas*, Zacatecas, Piedra Angular, 1998.
- ESCOBEDO, José G., *La batalla de Zacatecas. Treinta y dos años después*, México, s.l., 1946.
- GUZMÁN, Martín Luis, *Memorias de Pancho Villa*, México, Porrúa, 1987.
- KATZ, Friedrich, *Pancho Villa*, México, Editorial Era, 2000.
- LÓPEZ SALINAS, Samuel, *La batalla de Zacatecas. Recuerdos imborrables que dejan impacto para toda la vida*, México, Editorial Botas, 1964.
- MUÑOZ, Ignacio, *Verdad y mito de la Revolución Mexicana*, México, Ediciones Populares, 1960.
- , “Nuestra guerra civil”, en Roberto Ramos Dávila, *Versiones sobre la batalla de Zacatecas: 23 de junio de 1914*, Zacatecas, Gobierno del Estado de Zacatecas, 1996.
- OLEA, Antonio G., “La toma de Zacatecas”, en *La batalla de Zacatecas*, Zacatecas, Piedra Angular, 1988.
- SÁNCHEZ LAMEGO, Miguel A., *Historia militar de la Revolución Mexicana en la época maderista*, México, INEHRM, 2011.
- SANTANDER, Daniel C., y LOYO, Martha, *Zacatecas: la batalla de la victoria*, 23 de julio de 1914, México, SEDENA LXII Legislatura de la Cámara de Diputados, CONACULTA e INAH, 2014.

TERRONES BENÍTEZ, Adolfo, “Se organizan otros contingentes para concurrir a la campaña en el estado de Zacatecas, debido a una nueva invitación del Gral. Pánfilo Natera jefe de operaciones de dicho estado”, en *El Legionario*, N. 97, México, Legión de Honor del Ejército Mexicano, marzo de 1959.

———, “Segunda batalla de Zacatecas”, en *El Legionario*, N. 98, México, Legión de Honor del Ejército Mexicano, abril 1959.

———, “Tercera batalla de Zacatecas”, en *El Legionario*, N. 99, México, Legión de Honor del Ejército Mexicano, mayo de 1959.

VALADÉS, José C., *Historia general de la Revolución Mexicana*, T. III, México, Ediciones Gernika-SEP, 1985.

YÁÑES, Octavio César, “El valiente general Gallardo”, en Ignacio Muñoz, *Verdad y mito de la Revolución Mexicana*, México, Ediciones Populares, 1960.

ZERTUCHE, Ernesto, *Los Caloca en la Revolución. Reseña de sus inquietudes y vicisitudes*, Lampazos, Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, 1969.

